Desde hace cinco meses me impongo un silencio doloroso.

Habría podido no romperlo y seguir viviendo tranquilo al lado de mis amigos, junto a mis cuarenta pequeñuelos de "La Colmena". Pero esta actitud pasiva, contraria a mi naturaleza y a mis hábitos de combatividad, apareció a mi conciencia como una cobardía.

Desde hace 25 años sostengo una lucha implacable contra la guerra. Ante centenares de miles de auditores he fustigado sus horrores, sus orígenes, sus consecuencias.

Este apostolado me impone ciertas responsabilidades y ciertos deberes, a los cuales no quiero sustraerme por más tiempo.

Los acontecimientos actuales en nada han modificado mis convicciones. Por el contrario, las han robustecido.

Más que nunca enemigo de la guerra; más que nunca enamorado de la paz, no puedo servir de causa a la cual he consagrado mi vida, sino procuro sobrevivir a una para acelerar el advenimiento de la otra.

Estoy decidido a ello.

Sean cuales fueren los peligros que yo pueda correr, prefiero afrontarlos que renegar demi pasado—que constituye mi único orgullo y mi única riqueza— y arrastrar una vejez impotente y deshonrada.

Solo, no me puedo nada.

Pero sé que son numerables en Alemania, los Liebknecht, los Rosa Luxembourg, los Ledeboor y los Clara Zetkin.

Sé así mismo que son ya incontables los que en Francia tienen sed de paz.

Sé, por fin, que son legión los que en todos los países desean con vehemencia que acabe esta guerra maldita.

Me dirijo a todos.

Que los que aprueben el objetivo de este manifiesto, tengan la valentía de contestar, y veremos todos juntos lo que podemos hacer.

SEBASTIÁN FAURE

Los socialistas ante la guerra europea

II

Continuaban, pues, las infantiles manifestaciones que anteriormente digimos, cuando el gran Jaurés fué mortalmente herido por la pistola de un loco.

Alguien de entre los socialistas sospechó si la muerte del gran tribuno sería obra del gobierno francés. (Conste que corrió el rumor). La mayoría socialista entonces, lejos de fomentar y hacer tomar cuerpo la sospecha entre los trabajadores, excitados los ánimos como estaban, al ver un pasquín firmado por el presidente del Consejo —en el que pedía calma para que el orden no se alterase, manifestando al mismo tiempo que sería castigado el asesino de Jaurés—, guardó silencio.

Entre el pueblo ya no se habló del asunto. Y no es que el pueblo parisien guardase silencio como los socialistas, no. En París se gritaba, (pero que gritos! Ahullidos solamente propios de salvajes eran aquellos gritos. ¡Muera Alemania! ¡Viva Francia! ¡Viva el ejército! Esto se oía en París, en Francia entera. Parecían haber muerto los socialistas; alguien hubiese dicho que se los había tragado la tierra; pero no, los socialistas estaban allí, en el grandioso París. ¿Qué era, pues, cuanto ocurría, preguntás? Continuad leyendo.

Al siguiente día de la muerte de Jean Jaurés, el gobierno lanzó una proclama que decía: "Franceses: la patria está en peligro. No la abandonéis, no la dejéis que perezca!"

Palabras mágicas; ellas valieron más que cien años de propaganda socialista.

El gobierno, por boca de Viviani, dice: "¡La patria está en peligro!" Y los socialistas que decían —como nosotros— que el proletario no tiene patria, son los primeros en tomar las armas para demostrar al pueblo que debía hacer lo mismo que ellos, haciendo ver con esto que la propaganda que habían hecho contra el capital, que es la patria, era contraria a su verdadero modo de sentir.

¡Cuantas aberraciones cometieron con esto los socialistas! La primera fué demostrar que cuanto habían propagado o dicho contra la patria era mentira; la segunda fué demostrar que "el partido socialista obrero internacional" era, como los demás partidos, militarista, y por ende defensor del capital. Esto, amigos míos, cae de maduro.

No conformes con arrastrar al pueblo hacia una guerra, que él quería —eso sí, pero por no haber quien le demostrara que ella era perjudicial para él— pero que los socialistas tesían fuerza y popularidad para impedirlo, se salen por la tangente y en vez de gritar: ¡abajo la guerra! decían: ¡muera Alemania! Esto, indiscutiblemente, era influir fatalmente a favor del crimen. Pero no fué solamente esto. Hay mucho más, compañeros y adversarios, hay mucho más.

El gobierno en casi toda su totalidad, fué acusado de traidor, y hubo de dimitir.

Viviani nombra para formar parte del nuevo ministerio —al que denominó de salvador de la patria—, a los diputados socialistas Sembat y Guesde. Dichos prohombres del socialismo, sin tener en cuenta que ello era un contrasentido con el ideal que sustentaban, aceptan con sonrisa egoísta el puesto que los capitalistas les brindaron. Los demás, la masa y lo que no era masa, aplauden a Guesde y a Sembat, y les llaman padres de la patria, de Francia... ¡Oh, ignorancia o maldad. Ni unos ni otros comprendían o querían comprender que aquellos aplausos los daban al capital, a los capitalistas, que los lanzaron en brazos de la muerte!

Voy a resumir.

Estoy seguríssimo que ningún partido socialista, igual de las naciones en guerra que de las neutrales, ha protestado ni mucho menos contra la guerra. Lo que ha evidenciado que el socialismo político universal es patriota, mejor dicho, partidario del salvajismo representado por la guerra.

Está probado. Raspáis un poco a cualquier socialista y os encontráis un gobernante. Raspáis al gobernante socialista y encontráis un tirano. Volveis a raspar al socialista tirano y encontráis al salvaje dormido, pero que una vez despierto, al olor de la sangre empuñará sus armas y correrá a matar al primero que encuentre, aún cuando sea otro salvaje de su misma selva.

Esto ha ocurrido en esta guerra con los socialistas.

Veré si me acompaña la lógica, para dejarlo demostrado en el número siguiente.

NICOLÁS GUALLARTE

COROLAS

La Pintura y Nietzsche

Abre las puertas de Oriente la bella aurora con sus rojos resplandores, y el Sol, como nimbo de dorado fuego, extiende su luz blanca, ahuyentando las tétricas sombras de la noche fría. El triunfal arco pluricolor, iris matizado, se extiende al Oeste como portal inmenso de celestial mansión. Y allá, en las blancas regiones polares, la boreal se abre como fantasmagórico abanico de mil colores, enlazados, fusionados, coronado de blanco nimbo deslumbrante, que deslumbra y encanta por su belleza. El verde prado, moteado de manchas rojas de bermudas amapolas; el azul de un cielo encantador; las mil irrisaciones cabrilleantes que se mecen sobre el lomo cristalino de culebreante riachuelo; el extenso verde del tranquilo lago de ondulaciones suaves, y los espumosos encajes que se rizan sobre la superficie del mar... Todo ello forma el espíritu de la pintura suavemente delicada, bellamente hermosa de la dulce escuela del romanticismo voluptuoso y adormecedor.

La negrura de una noche cruda, en la que sólo fulguran las centellas con cintas desvaciadoras de fuego. Las grotescas figuras de diabólicas nubes preñadas de granizo. Los contorsionantes remolinos del huracán violento, a cuyo paso los más poderosos edificios dejan al descubierto su impotencia. Las revueltas olas embravecidas del coloso oceano, sepultando en su seno continentes orgullosos, en los que cien generaciones construyeron dques que sirvieron de juguete a la tumultuaria... Todo ello formó el espíritu inspirador de la pintura patética, de suprema superioridad viril, de rasgos crudos, fuertes, de potencialidad indómita.

Pero los tiempos coordinaron, hermanaron, fusionaron antítesis, oposiciones, anversos, y nació la pintura, que a la dulce tonalidad suave sumó la pincelada llena de expresión; a la línea esfumante adicionó el rasgo marcadísimo, a la copia de Natura dió expresión de humana idea y... entonces... la paleta, sirviendo de escudo y de lanza al pincel, nacieron enamoradas del Arte, del Amor, de la Belleza, de la Bondad, de la Verdad, que, dando vida, cerebro, al lienzo, describieron lo horrible, lo monstruoso, lo deforme, lo débil en paradógica unión con lo sublime, lo hermoso, lo fuerte; iniciaron deseos de superiorización, de virilización, de fortificación y... dieron *nuevos rumbos* a la Pintura, convirtiéndola en escuela educadora de sentimientos elevados.

Abandonaron el *canto a la Luna* y la *adoración al fuego* y supieron imprimir un sello, hasta entonces desconocido, en la paula del Arte.

La debilidad se consideró decadencia y el rugido animalidad. Se armonizó el estilo y surgió a la vida la Normalidad equilibradora.

Nietzsche había vencido. El Cristo se esfumaba en el lienzo a medida que lo humano se graba indeleblemente. Ahora que el triunfo mayor del autor del "Crepúsculo de los ídolos", ha sido el que a él mismo ha habido que despojarle de "sus extremos" para que triunfe.

ZOAIS

Federico Fructidor

Todavía no repuestos del rudo golpe sufrido por la muerte de Anselmo Lorenzo, cuando ya estaba en máquina el número anterior recibimos la fatal noticia de que el joven compañero y constante colaborador de TIERRA Y LIBERTAD, "Federico Fructidor", había fallecido víctima de una congestión cardíaca.

Cuando murió Anselmo Lorenzo, se hallaban gravemente enfermos dos de nuestros queridos y más constantes colaboradores: Costa Iscar y "Federico Fructidor". La resistencia física del primero ha vencido al enfermo, y ya se halla en franca convalescencia. "Federico Fructidor" murió tal como nació; libre de toda preocupación política y religiosa, a la edad de 23 años, cuando constuía una legítima esperanza para la propaganda del ideal anarquista.

Educado en un colegio libre de esta capital, cuando contaba seis años de edad fué trasladado a La Bisbal (Gerona), donde su padre, junto con unos pocos compañeros, fundaron un Colegio Racional, en el que continuó su educación, saturando su inteligencia de sana filosofía que difundía entre los alumnos el profesor "Claudio Jóvenes".

De regreso a esta capital, en 1905, ingresó como meritorio en una administración periodística, donde acabó de hacerse consciente y de perfeccionarse. Aun no contaba 16 años cuando ya comenzó a escribir en la prensa obrera, cuya labor continuó hasta que la enfermedad que ha acabado con su vida le postró en cama.

A pesar de sus pocos años, el tiempo que le dejaba libre el trabajo lo dedicaba por completo al estudio, habiendo logrado conocer los idiomas francés e inglés, que hablaba, escribía y traducía con perfección.

Huyendo de las diversiones viciosas y crapulosas, tan en boga en la juventud, sólo el Arte, la Poesía, la Literatura, la Ciencia y la Naturaleza, eran sus favoritas distracciones.

Tenía en preparación varios trabajos dedicados a la necesidad de unir las aspiraciones de los obreros del taller y de la fábrica, con los del estudio y del laboratorio, y constantemente decía: ¿qué diferencia puede existir entre un ingeniero y un panadero, un labrador y un sastre y un minero y un astrónomo, si unos y otros necesitan la cooperación de todos para poder sostenerse y vivir?

Los numerosos artículos publicados en la prensa anarquista española y americana, descubren al escritor estudioso, concienzudo y culto, que todos sus conocimientos y todos los entusiasmos juveniles los pone a contribución de la propaganda por el ideal que sus padres le inculcaron en la infancia y que fueron tomando consistencia a medida que el estudio y la reflexión le exponían la irritante desigualdad social.

Como prueba de su profunda instrucción citaremos que cuando hace próximamente dos años, la Real Academia de la Historia abrió un concurso para una obra que versara sobre "Orientaciones del Sindicalismo", el compañero "Fructidor" presentó un libro con opción al premio, que consistía en la publicación del premiado por cuenta de dicha Real Academia.

La última vez que vió al compañero Lorenzo recibió una impresión desagradable al darle a leer la carta de París, en la que James Guillaume le notificaba la actitud adoptada por Kropotkine ante el actual conflicto europeo, y al principio de su enfermedad decía refiriéndose a esto:

—No debemos retroceder y nos han de oir hasta los sordos. No hemos de permitir que se empeñe lo más insignificante nuestro ideal, que ya está bien definido y determinado.

Anselmo Lorenzo tenía grandes esperanzas en la futura actuación del compañero "Fructidor" y, en una ocasión en que le explicábamos la hermosa labor que realizan los obreros agricultores de Fuenmayor, decía con entusiasmo;

—Estoy satisfecho de dos cosas. Doy que todavía hay obreros que se sacrifican por el ideal y de que mi obra no quedará interrumpida, pues tengo profunda confianza en "Federico Fructidor", que será el continuador de mi obra.

Palmiro Marbá, era tan modesto y tan sencillo, que apenas si le conocían muy pocos compañeros, y aun éstos por el pseudónimo de "Federico Fructidor".

TIERRA Y LIBERTAD se asocia al sentimiento que embarga a los padres de Palmiro, lamentando el nuevo vacío que con su muerte se ha producido en la propaganda de nuestros caros ideales.

Sobre una polémica

Otra vez ha vuelto a la palestra el manoseado tema Sindicalismo y Anarquismo. Vuélvese a discutir una vez más con buenos razonamientos por ambas partes, ese tema que tanto nos preocupa e interesa.

Pero conviene que, para evitar desviaciones y pérdida de energías, hagamos una afirmación que ponga nuestro Ideal a salvo de todo género de confusionismos y mixtificaciones.

Somos anarquistas, porque nuestra finalidad, nuestra suprema aspiración, es la vida exenta de autoritarismo, la Anarquía. El Sindicalismo es, para nosotros, sola y únicamente, uno de los muchos medios que han de servirnos de vehículo para llegar a la Anarquía, nuestro Ideal. Indudablemente es también una fuerza, y para poder utilizarla como medio, es necesaria nuestra actuación dentro del Sindicalismo para bien encauzarla, y obtener así el resultado apetecido, cuidando bien de que no absorba con exceso nuestras energías, pues esto significaría estancarnos en el medio, con detrimento de la finalidad.

Para que esto no suceda; para evitar confusiones y demás entre Sindicalismo y Anarquismo, es necesario que nosotros, los anarquistas, nos dediquemos de lleno a hacer propaganda netamente anarquista. Que los sindicatos, por su propia cuenta, hagan lo que crean conveniente, y nosotros, como sindicados, sepamos cumplir dentro de los mismos con el deber que nos impone el Ideal.

Es imprescindible que constantemente se propaguen con toda su pureza nuestros principios redentores, para que penetren, puros, en el cerebro de todos los individuos, sin distinción de clases ni matices. Haciendo anarquistas, es como los individuos buscarán el medio más práctico que ha de sondearlos a la finalidad anhelada; y si esos individuos creen que el Sindicalismo es una fuerza aprovechable para el fin que persiguen, sindicanse, pero cuidando no olvidar por un momento la propaganda anarquista, y procurando que ésta sea intensa e ilimitada para que el sol de la Anarquía, que asoma ya por el horizonte, ilumine la conciencia de todo ser racional.

Es de lamentar que haya compañeros que abandonen la propaganda anarquista, para militar de pleno dentro del Sindicalismo. Evitémoslo anteponiendo Anarquismo a Sindicalismo, lo primordial a lo secundario.

MANELICH

AL MUNDO CULTO

II

En esta inconmensurable ráfaga de desolación que cruza el mundo, muéstranse en toda su horrible desnudez la usura, los atavismos y el prejuicio de las razas que dormían al fondo del cerebro humano. Y en su brusco despertar se desbordaron; ahora, como siempre, no hubo posible disculpa para poder revestirlos con algún hábito moderno, ni siquiera con una simple decoración teatral; salieron a escena impúdicamente, sin modificación alguna de su primitivo carácter. Y muchos cerebros calificados de preclaros aplaudieron este acto.

Apenas el militarismo prusiano declaró la guerra y empezó a cometer los atropellos e iniquidades de rigor en estos casos, buen número de profesores alemanes esgrimió la pluma acremente para defenderlo de los ataques de sus enemigos. En su manifiesto "Al mundo civilizado" que más bien parece lo escribieron Krupp o el Kaiser, que hombres de inteligencia y de razón, ponen enérgico empeño en justificar las vituperables acciones del ejército y del emperador en la cruenta jornada emprendida, fijando las bases de su defensa sobre un círculo vicioso de afirmaciones formuladas a priori.

Y niegan rotunda y violentamente desde el hecho más imperceptible hasta el más grave y evidente. Los ejércitos alemanes no han cometido ni un solo acto de barbarie; han sido acusados por vana presunción: las culpas imputadas son un reflejo de la conciencia universal predispuesta contra ellos. La milicia germana no conoce como las demás milicias crueldades desenfrenadas: está exenta de pasiones: libre del encono y de la ira; sabe respetar el arte y dar batallas sin hollar los derechos humanos, y, hasta sabrá ultimar este horrible y cruento episodio, culturalmente. ¡Desgraciada cultura! Sarcásticas palabras que producen en la conciencia progresiva el efecto de una chaparrón de plomo derretido. Y es que en la actualidad el concepto de cultura es muy elástico y modificable; es como un decorado universal que puede adaptarse a la situación de cualquier cerebro. La cultura real no existe; esa tan cacareada virtud solo es una prozeneta de las malas pasiones humanas.

Así se comprende el manifiesto de los profesores alemanes, entre los que, según algunas personalidades, se encuentran bastantes sabios. Pero... la gran mayoría bastardos, cerebros de fama ficticia, de sabiduría efímera, obotargados por la acción del virus infeccioso del militarismo, sin el cual no creen pudiera existir la ciencia alemana. Inaólita conclusión que solo ellos pueden concebir. La adaptación al medio engendra las más crueles ideas y los más enormes absurdos.

Mas, lo inconcebible es que figuren en el manifiesto algunos sabios de ideas progresivas, calificados de enemigos del militarismo como von Harnack, von Pilizz, von Dorpfeld y Ernest Haeckel, tratando de armonizar sus doctrinas con los hechos del nefando imperialismo que los oprime y degrada, absorbe y bastardea sus facultades.

Particularmente el último, de quien son las palabras que encabezan este artículo, se pone en entredicho, pues según él, la humanidad llegaría a perecer, operando de acuerdo con los seleccionantes: el médico y el militar.

Sí, es posible que el convencimiento no haya cerrado el pacto sellado por algunas conciencias; pero... ¡esa voluntad! ¡ese heroísmo del espíritu! No hubo fuerza para rebelarse y claudicaron estampando su firma al pie de un documento infamante.

En muchas ocasiones de la vida, la logica material es más fuerte que la lógica moral, la que convierte al hombre en un autómata improvisado.

Contra las afirmaciones negativas de los profesores alemanes contestaron varios sabios ingleses con otro manifiesto rectificándoles, poniendo de relieve las tropelías del ejército alemán y tratándolo de bárbaro, de lo cual protestaron los germanos lanzando otro manifiesto, rechazando el calificativo, defendiendo al ejército y afirmando que, en cada regimiento iba algún hombre culto, algún sabio, por cuya causa no podía de ninguna manera aplicarse a las huestes del Kaiser tal denominación.

Así se forma el sabio: así se forma el concepto de sabiduría: así se forma este terrible caos de desolación y muerte que se cierne sobre el mundo, con axiomas equivocados, con teorías absurdas. Además, por el mero hecho de formar hombres cultos entre los ejércitos, hombres a quienes se adjudican títulos honrosos a veces con demasiada benevolencia, los demás individuos que componen los núcleos armados no han olvidado su condición, ni detestado de su origen.

La civilización no se adquiere por contagio, involuntariamente como las enfermedades infecciosas, sino que es ineludible aplicar en su adquisición toda la fuerza de voluntad, toda la intensidad de pensamiento de que puede disponerse. Pero en la guerra apenas hay tiempo a pensar, y la voluntad influye en el individuo como una cuerda en el juguete. Y el ambiente creado domina idénticamente todas las inteligencias.

Ningún cerebro bien organizado puede pensar que el ejército de su país no comete disparates y tropelías. Fácilmente la imaginación ahita de prejuicios y errores puede forjarse tal ilusión. Y la gran mayoría de los sabios actuales padece este mal. No son solamente los germanos los obsesionados en la visión de la vida, son los del orbe: todos han formado una comprensión a la inversa, por cuya causa buscan entre otras mil quiméricas proposiciones, una razón a la guerra sabiendo que no puede existir donde no existe justicia ni derecho.

Pero no es esto lo más absurdo, porque al fin, gran parte de estos cerebros son obtusos, deformes, no proyecta en ellos la imagen clara de la realidad; sus propias concepciones los derivaron hacia el lado falso de la vida: tendían de la vista hacia los campos avanzados se encuentra el más craso de los errores; así precisamente, donde no puede haber influencia ni de la autoridad ni de la política, donde no existe presión alguna sobre la conciencia, donde debe mirarse al actual régimen con su inmenso séquito de despropósitos, como cruel enemigo del bienestar humano, han surgido sarcásticas claudicaciones, hombres que sellaron pacto con el Estado en esta cruentísima jornada que cual furioso torbellino descarga sobre Europa. Primero Anatole France, soltando la pluma para ofrecerse al servicio del Estado; luego Malato y Albert, el uno organizando batallones de voluntarios, el otro convergiendo en distinto campo, y más tarde Kropotkine, renegando de su doctrina, de sus deseos de reivindicación, de sus pacíficas ideas de fraternidad universal, se vuelve parte en la contienda, inclinándose hacia uno de los beligerantes, aconsejándole la destrucción de su adversario.

Parece ser que no quiere la destrucción total, sino parcial, de los poderes, de aquella parte que aparenta estorbar el avance de la civilización más que de otras. Este es un equívoco que induce a creer en el pseudo-liberalismo de ciertos Estados, cayendo con el absurdo de concederles derecho a la ascendencia moral sobre sus congéneres, sin examinar los puntos de su historia que delimitan esta concesión.

No implica este aserto la negativa de comprensión a ninguno de los citados compañeros; lo que implica es una máxima obcecación, quizás inconsciente, de que les arrastré hacia el delirio como *Satanás* a sus posesos en la Edad Media. La mentira patriótica ha dominado a la verdad humana y los sacros exorcismos de las doctrinas han sido nulos: cayeron en el vacío. Y es que a los cerebros mal constituídos les engaña el carácter de las cuestiones, les seduce aun el color aparente de la razón política y les arrebata la imaginación la enseña del manijuí patria. Entonces, en medio de un complejo aglutinado de pensamientos, ¡ásquea su conciencia y abandonan sus convicciones, derivando hacia el pasado a perderse otra vez como cualquier vulgar idiota, después de haber iluminado al mundo con su inteligencia durante algún tiempo, en el negro caos de las tinieblas que velan el cerebro de la humanidad.

Del mismo modo que ocurre con los astros, suele ocurrir con los cerebros: así como una de esas moles que se mueven en el espacio, en el correr de los tiempos y después de pasar por diferentes estados de existencia, llega a enfriarse muriendo la luz y la vida, muchos cerebros, después de cruzar en el curso de los días por diferentes estados ideales y llegar a un alto grado de concepción, terminan por enfriarse extinguiéndose en ellos la razón y la fe. Y si un astro después de extinto prosigue su marcha, girando en el espacio por tiempo indefinido, un cerebro después de extinguirse prosigue su marcha por la vida por tiempo definido. Pero... además con una agravante, los astros renacen, el hombre no...

JUSTINO ACEBAL

Gijón.

DE LA SINCERIDAD

No hay en amor dicha durable y completa más que en la transparente atmósfera de la sinceridad perfecta. Hasta llegar a esta sinceridad, el amor no es más que una prueba. Se vive en la esperanza, y las caricias y las palabras no son más que provisionales. Pero esta sinceridad no es practicable sino entre conciencias altas y ejercitadas. Y todavía no basta que las conciencias sean tales; es preciso además, para que la sinceridad sea natural y necesaria, que estas conciencias sean casi iguales, de la misma extensión, de la misma cualidad, y que el amor que les una sea profundo. Así, la vida de la mayoría de los hombres se desliza sin que encuentren el alma con quien hubieran podido ser sinceros.

Pero es imposible el ser sincero con los demás sin haber aprendido antes a serlo consigo mismo. Esta sinceridad no es sino la conciencia y el análisis casi instintivos de los móviles ocultos de las acciones de la vida. Es la expresión de esta conciencia la que puede ponerse enseguida ante la vista del ser con quien se busca la dicha de la sinceridad.

Así comprendida, la sinceridad no persigue la perfección moral. Ella conduce más arriba, en todo caso, a regiones más humanas y más fecundas. La perfección de un carácter, tal como se la comprende por costumbre, no es muy frecuentemente más que una abstención estéril, una especie de tranquilidad de alma, una disminución de la vida instintiva, que es, en suma, el sacrificio único de todas las demás vidas: que conseguimos organizar en nosotros mismos. Esta perfección tiende a suprimir los deseos demasiado ardientes, la ambición, el orgullo, la vanidad, el egoísmo, el apetito de goces, en una palabra, todas las pasiones humanas, o lo que es lo mismo, todo lo que constituye nuestra fuerza vital primitiva, el fondo mismo de nuestra energía de existencia que nada puede reemplazar. Si ahogamos en nosotros todas las manifestaciones de la vida para no substituirlas sino por la contemplación del renunciamiento, pronto llegaremos a la esterilidad.

No importa, pues, no tener pasiones, vicio o defectos; es imposible mientras seamos humanos entre los humanos, pues que equivocadamente se llama pasión, vicio o defecto a lo que precisamente forma el fondo de la naturaleza humana. Importa conocer en sus detalles y en sus secretos este fondo y verlo accionar desde lo alto para poderlo mirar sin temor de que escape a nuestro examen y pueda así perjudicar inconsideradamente a nosotros mismos o a los que nos rodean.

Cuando desde esta altura se contemplan los instintos, aun los más bajos y egoístas, no siendo absolutamente malo por voluntad—y es difícil serlo cuando la inteligencia ha adquirido la lucidez y la fuerza que supone esta fuerza de observación—cuando se les ve obrar de tal modo, se hacen inofensivos como muchachos bajo la vigilancia de sus padres. Se les puede perder de vista, olvidar algún tiempo, sin temor de que cometan grandes males; porque la obligación que les tendrán de reparar el daño que ocasionen les hace naturalmente circunspectos y pierden pronto la costumbre de perjudicar.

***

Cuando se haya adquirido una sinceridad suficiente consigo mismo, no por eso se deduce que ésta deba prodigarse al priver venido. El ser más franco y leal tiene el derecho de ocultar a los demás la mayor parte de lo que piensa y siente. Si no estáis convencidos de que la verdad que queréis revelar ha de ser comprendida, ocultarla. Aparecería ante los demás completamente diferente de lo que es en vosotros mismos; y tomando en ellos un aspecto de ficción, haría el mismo daño que una realidad. Digan lo que quieran los moralistas absolutos, cuando se está en presencia de conciencias diferentes, toda verdad, para producir su efecto, necesita aclaración. El mismo Jesucristo necesitaba explicar sus revelaciones; y si se hubiese dirigido a Platón o a Séneca en lugar de hablar a pescadores de Galilea, hubiera dicho probablemente cosas bien distintas de las que se le atribuyen.

El reino de la sinceridad no comienza sino cuando no es necesaria la explicación. Entonces se entra en la región privilegiada de la confianza y del amor. Es una playa deliciosa donde nos encontramos desnudos, donde nos bañamos juntos a los rayos de un sol bienhechor. Hasta este momento se había vivido alerta como un culpable. No se sabía aún que todo individuo tiene derecho a ser tal cual es; que no hay en su espíritu y en su corazón ni tampoco en su cuerpo ninguna parte vergonzosa. Se aprende enseguida, con la misma satisfacción que un criminal declarado inocente, que estas partes que se creían deber ocultar son precisamente las más profundas de la fuerza vital. Ya no se permanece solo en el misterio de la conciencia y los más miserables secretos que se descubren, lejos de entristecer como antes, hacen amar más la dulce y firme luz que dos manos unidas pasean por el mundo.

Todo el mal, todas las pequeñeces, todos los desfallecimientos que así se descubren cambian de naturaleza desde que se manifiestan; "y la mayor falta, como lo decía la heroína de un drama, cuando es confesada en un beso leal, se hace una verdad más bella que la inocencia". —¿Más bella? —No sé; pero sí más joven, más vivaz, más visible, más activa y más afectuosa.

En este estado, la idea de ocultar un prejuicio o un presentimiento vulgar o despreciable, no se nos ocurre ya. No pueden ya avergonzarnos porque confesándolos, les desaprobamos, los separamos de nosotros mismos, demostramos que no nos pertenecen, que no participan de nuestra vida, que no radican en la parte activa, voluntaria y personal de nuestra fuerza, sino del ser primitivo, disforme y dependiente que nos divierte, como todos los espectáculos donde se sorprende el juego de las potencias instintivas de la naturaleza. Un movimiento de odio, de egoísmo, de voluntad torpe, de envidia o deslealtad examinado a la luz de la sinceridad perfecta, no es más que una flor interesante y singular. Esta sinceridad, como el fuego, purifica todo lo que abraza. Esteriliza los fermentos peligrosos, y de la peor injusticia hace un objeto de curiosidad, inofensivo como un veneno mortal en la vitrina de un museo. Suponed a Shylock capaz de conocer y confesar su avaricia; ya no sería avaro o su avaricia cambiaría de forma y cesaría de ser odiosa y perjudicial.

Además, no es indispensable corregirse de las faltas declaradas; porque hay faltas necesarias a nuestra existencia y a nuestro carácter. Muchos de nuestros defectos son las raíces mismas de nuestras cualidades. Pero el conocimiento y la declaración de estas faltas y defectos precipitan químicamente el veneno que no es ya en el fondo del corazón más que una sal inerte de la que pueden estudiarse a placer los inocentes cristales.

***

La virtud purificadora de la declaración depende de la cualidad del alma que la hace y de la que la recibe.

Establecido el equilibrio, todas las declaraciones elevan el nivel de la dicha y del amor. Desde que son confesadas, las mentiras viejas o las recientes, los mas graves desfallecimientos se cambian en inesperados ornamentos, y, como bellas esculturas en un parque, se hacen testigos sonrientes y pruebas pasivas de la claridad del día.

Todos deseamos llegar a esta bienaventurada sinceridad, pero tememos mucho que los que nos aman nos amarán menos si les revelamos lo que apenas osamos decirnos a nosotros mismos. Nos parece que ciertas declaraciones desfigurarían para siempre el concepto que de nosotros tenían. Si es cierto que la transformación esta se realizase, sería la prueba de que no somos amados sobre el mismo plano que amamos. Si el que recibe la confidencia no puede elevarse hasta nosotros más por esta misma confidencia, existe equívoco en nuestro amor. No es el que se sincera quien debe enrojecer, sino el que no comprende que por el mismo hecho de haber confesado un yerro, lo hemos enmendado. No somos ya nosotros, sino un extranjero quien ocupa el lugar donde hemos delitado. La falta queda eliminada de nuestra existencia y no liga más que a los timoratos; no tiene nada de común con nuestra vida real; no somos ya más que testigos accidentales y no responsables, como una buena tierra no es tampoco culpable de una mala hierba o un espejo de la odiosa imágen que refleja.

***

No tememos tampoco que esta sinceridad absoluta, esta doble vida transparente de dos seres que se aman destruya el fondo de sombra y misterio que existe en toda afección durable ni agite el gran lago desconocido que, en la cima de todo amor, alimenta el deseo de conocerse, deseo que no es en sí mismo más que la forma más apasionada del deseo de amarse más aún. No; este último término no es sino una especie de reflejo móvil y provisional que basta para dar a los amores ordinarios la ilusión del espacio infinito. Haced abstracción de tal reflejo y aparecerá el horizonte real con el cielo y el mar verdaderos. En cuanto al gran lago desconocido se aprecibe pronto de que hasta este momento no se habían sacado de él más que algunas gotas de agua turbia. No abre sobre el amor sus fuentes saluníferas más que en el momento de la sinceridad; porque la verdad de dos seres es incomparablemente más fecunda, más profunda e inagotable que sus apariencias, sus reticencias y sus mentiras.

***

En fin; no temamos prodigar la sinceridad, no nos imaginemos alcanzar sus últimos límites. Cuando la creemos y queremos absoluta no es jamás relativa; porque no puede manifestarse sino en los jalones cada día variables de nuestra conciencia. De suerte que el acto o el pensamiento presentado bajo el color idoo con que lo vemos en el momento de la declaración, puede tener un alcance diferente del que hoy le atribuímos. Lo mismo que el acto, el pensamiento o el sentir que no declaramos porque aun no lo percibimos, puede llegar a ser mañana el objeto de una confesión más urgente, más grave que todas las que ya tenemos hechas.

MAETERLINCK

Traducido. M. C. I.

¿Para qué sirve la policía?

¿Que tal la preguntita que me hace un amigo? Tiene bemoles la tal pregunta, pero, en fin, como toda pregunta merece una respuesta, aunque esta es un poco peliaguda de responder... veré la forma de hacerlo lo mejor que sepa y pueda.

La policía, caro amigo, sirve... sirve para muchas *cosas*, y tiene tantas aplicaciones como cualquier específico *famoso* de cualquier *famoso* doctor. Verás lo que piensan de la policía dos amigos, excelentes hombres de bien y excelentes ciudadanos, a salvo, por consiguiente, de toda sospecha de sectarismo político o exaltación idealística, ya que ellos, en su simplicidad, lo mismo les da que Maura sea deportado para el país de Batuecas, como que a Malquídez Alvarez lo lleven a presidio, o a Lerroux lo manden para la Abisinia, o que a Romanones lo hagan guardia jurada de las Estepas de la Siberia. Mas, vamos a sus opiniones (pues son contrarias) sobre la policía.

Dice uno de ellos, Juan, (llamémosle Juan):

—La policía es la salvaguardia de la sociedad, puesto que ella vela por el orden, guarda la propiedad, garantiza la seguridad personal contra los ataques de los *criminales*, presta socorro a cualquiera que sea víctima de un siniestro o de un accidente desgraciado, persigue a los *ladrones*, a los *criminales*, logra *descubrir* a todos los que son enemigos de la sociedad, y, gracias a ella, los ciudadanos podemos descansar tranquilos, pues ella vela por nosotros y por nuestros intereses.

He aquí, caro amigo, lo que el "bueno de mi amigo Juan" piensa de la policía, y para todas las *cosas* buenas y loables que sirve, según ese excelente ciudadano.

Ahora bien; como en este *pícaro mundo* lo único que hay como aglutinante de armonía en el pensar y el desacuerdo en el sentir y la divergencia en las ideas, he aquí que mi otro amigo, Pedro (sea Pedro), piensa de modo diametralmente opuesto a Juan y cree que la policía sirve para otras muy diversas *cosas* de las que dice Juan, y para no hablarte por mi cuenta, allá va lo que dice Pedro.

La policía—dice él— *no sirve absolutamente para nada útil*.

Si se trata de garantir la propiedad, siempre llega cuando los que la atacan han desaparecido, y esto no es porque haya ni un policía que crea con Proudhon, que "la propiedad es un robo" y que por tanto, los que la atacan, realizan un acto de restitución a la colectividad o a ellos mismos, no; es simplemente por negligencia. Mas en tanto la policía no encuentra la halla *delincuentes*, y para ello prenden al primer desgraciado que cae a mano. ¿Que es inocente? ¿Y qué tiene que ver la policía con eso? Para eso hay jueces y magistrados, que son unos *señores* muy graves, muy sesudos, muy ecuánimes, que con arreglo al artículo tantos, capítulo tantos, libro tantos y título tantos del Código penal, se encargarán de poner al inocente en presidio o de mandarlo a paseo después de un par de docenas de meses, pasados en el *pudridero humano*.

Si se trata de la seguridad personal, sólo aparece la policía cuando el primer desequilibrado o bellaco ha despanzurrado a un prójimo de un navajazo o le ha hecho la cabeza papilla de un tiro. Entonces llega la policía a donde está el muerto y los curiosos. ¿Por dónde huyó el asesino? ¿Qué trazas tiene? ¿Qué traje vestía? Y ¡pataús!, el primer individuo que coincide con las señas del asesino que nadie vió, es llevado a la cárcel, y la policía asegura muy seriamente que aquél es el homicida. Y el inocente se vé grigio para demostrar que jamás mató ni una gallina, porque hasta se da la circunstancia de ser vegetariano. Y sale de la cárcel tras largos meses de prisión, eso sí no tiene la desgracia de serle antipático a los *señores* jurados, y en ese caso lo gratifican con doce años y un día de reclusión temporal, como mínimo.

Ahora bien; la policía tiene una especialidad y es la de ser la primera fabricante del mundo en *planchas* anárquico-revolucionarias de *conspiratas* y *complots*.

Se declara una huelga por el malestar económico de los obreros; es obra de los *elementos extraños* y *agitadores profesionales*, según averiguaciones e informaciones de la policía.

Huy un *chusco*, que al paso de una comitiva oficial dispara una *traca*; la policía prende a cualquiera que le esté más próximo y declara a los periodistas y en los centros oficiales, que se ha practicado la detención de un *peligrosísimo anarquista* que había tirado una *bomba* y pensaba matar al emperador de la Liliputancia. Después se averigua que el *peligrosísimo anarquista* era sacristán de una iglesia y que en el momento en que fué preso por la policía se dirigía al templo para ayudar a una misa. Se le pone en libertad, y en paz.

Se ve en la calle un individuo que camina apresuradamente con un paquete debajo del brazo; la policía, *ojo avisor*, le echa la mano; lo llevan a la cárcel, se da por ello la noticia de haber sido preso un *terrible terrorista*; el paquete *misterioso* es llevado con todas las *precauciones* al laboratorio municipal y ¡oh, omnipotencia de las *planchas* policíacas, se ve que el *misterioso* paquete no era otra cosa que un par de botas viejas envueltas en unos periódicos.

En una estación se dispone a tomar el tren un individuo, que conversa con otro en francés; llega un policía.

—Está usted preso.

—Yo, ¿por qué?—dice el interpelado hecho una estatua de sal.

—Porque es usted anarquista—dice tranquilamente el policía.

—¡Yo anarquista!— exclama, cada vez más aterrada, la presunta víctima.

—Sí—repite el policía—; habla usted francés.

Y entre protestas del hombre y amenazas del policía, el hablador de francés es llevado a la jefatura, interrogado, medido, fichado y amarrado, y por último, llevado a la cárcel.

Todo fué inútil; imposible alejar de su ser la amarga pena que la embargaba; se marchó como había venido: ¡llorando!

Mi hija, que se